

El destierro de Miguel de Unamuno en París*

Jean-Claude Rabaté

Después de la deportación decidida por la Dictadura del General Primo de Rivera, Miguel de Unamuno escoge voluntariamente, a mediados de julio de 1924, el camino del destierro, que lo lleva desde Fuerteventura a París¹. En efecto, a pesar de la noticia de su amnistía, el ex Rector de la Universidad de Salamanca, muy ufano de su condición de proscrito y de exiliado, se propone proseguir el combate político en la capital francesa². El Sr. Dumay, director del diario *Le Quotidien*, es el principal organizador de la campaña publicitaria y de la evasión marítima tragicómica del intelectual español. Al cabo de trece meses de destierro en París, a fines de agosto de 1925, Miguel de Unamuno sale para Hendaia donde permanece hasta febrero de 1930, fecha de la caída de la Dictadura y de su regreso tan esperado a España.

Del encuentro de Miguel de Unamuno con París, nos han llegado imágenes del exiliado echando maldiciones contra «la ciudad-lumbre», odiando a Francia, despreciando a sus vecinos y su literatura frívola. Los sentimientos de profunda tristeza, la soledad trágicamente vivida, la obsesión de la muerte en país extranjero, la angustia cotidiana del hombre envejecido encerrado en su pequeña habitación de un hotel cerca de «L'Etoile», han nutrido la leyenda negra del escritor víctima de una nueva crisis, la de París³. Sólo la lectura de sus escritos nos va a

* Una versión algo más reducida del presente trabajo apareció en las Actas del XXVIII Congreso de la Sociedad de Hispanistas Franceses (S.H.F.) *París y el mundo ibérico e iberoamericano*, París X-Nanterre, 1998.

¹ El 20 de febrero de 1924, el Gobernador civil y militar de Salamanca recibe un telegrama de la Dirección General de Seguridad. Se trata de la destitución y de la condena al destierro de Miguel de Unamuno. Hay que buscar la causa de tal decisión en los artículos y discursos muy violentos del profesor de Salamanca contra las autoridades militares.

² En la prensa salmantina, se puede leer: «El Sr. Unamuno amnistiado», *El Adelanto*, núm. 12319, 8-8-1924.

³ La actividad política de Miguel de Unamuno en París ha suscitado una serie de estudios importantes, entre los cuales la Tesis de Doctorado (inédita) de nuestro colega Valentín del Arco López: *Intelectuales frente a la Dictadura. Unamuno y el grupo de París*, Salamanca, marzo de 1987. Le agradecemos a su autor por habernos facilitado la lectura de este estudio bajo la forma de artículos titulados: «Unamuno frente a Primo de Rivera. De Salamanca al exilio, 1923-1924», *Studia Histórica*, Vol. IV, (4), Salamanca, 1986, pp.129-179; «Unamuno y el liberalismo. Notas sobre su actividad política entre 1900 y 1923», *Studia Zamorensia*, X, Histórica VIII, Salamanca-Zamora, 1987, pp. 257-258; «España con honra, un semanario contra la Dictadura de Primo de Rivera», *Studia Histórica, Historia Contemporánea*, Vol. VI-VII, Salamanca, 1988-1989, pp.113-

permitir entender la fuerza del «misoparisiánismo» y del «misogalismo» del ex rector, comprender mejor su estado de ánimo frente a los paisajes de la capital y la índole de ese rechazo de la vida en la capital francesa.

Pero de este combate contra la Dictadura entablado desde París salen escritos en los que se funden lo poético y lo político; en *La agonía del cristianismo*, *Cómo se hace una novela* o los sonetos *De Fuerteventura a París*. ¿Cómo se funde el drama íntimo con el drama público y cómo el escritor demiurgo, en una escritura de sí mismo y sobre sí mismo, vuelve a descubrir la dimensión cristiana del hombre víctima no solamente del «destierro» sino también del «descielo»?



A. Delta: Unamuno en el Café La Rotonde en Montparnasse (1924-25)

142; «Repercusiones internacionales del destierro de Unamuno», *Studia Zamorensia*, X, Salamanca-Zamora, 1989, pp.103-118; «Unamuno y la dictadura de Primo de Rivera, sus artículos en *España con honra*», en *Actas del Congreso Internacional sobre Miguel de Unamuno*, Salamanca, Ediciones de la Universidad, 1989, pp. 377-381; «Para la Historia de España, Unamuno o la memoria de un liberal sin disciplina de partido», *Studia Histórica*, Historia Contemporánea, Vol. VIII, Salamanca, 1990, pp. 89-119. Cabe citar también la tesis de Paul Aubert, *Les intellectuels espagnols et la politique dans le premier tiers du XX^e siècle*, Thèse pour le Doctorat d'Etat des Lettres, Université Michel de Montaigne, Bordeaux III, décembre 1995, más precisamente el tomo 6, pp. 1594-1605, o los artículos de Louis Urrutia, «Unamuno frente a la Dictadura», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, N^o XXIX, 1994, pp. 189-204 o de E. Inman Fox, «Unamuno y la política: Turberalismo y compromiso» en *Ideología y política en las letras de fin de siglo*, Madrid, Colección Austral, pp. 235-257. En cambio, son pocos los estudios acerca del destierro de Miguel de Unamuno en París, excepto algunos anecdóticos como los de Carlos Esplá Rizo, «Vida y nostalgia de Unamuno en el destierro», *La Torre*, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, *Homenaje a Miguel de Unamuno*, Año IX, n^o 35-36, julio-diciembre 1961, pp. 117-146, de César González Ruano, *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, Madrid, Aguilar, 1930 o de Emilio Salcedo, *Vida de don Miguel*, Salamanca, Anaya, 1964, pp. 263-283. Cabe señalar la obra más general de María de la Concepción de Unamuno Pérez, *Miguel de Unamuno y la cultura francesa*, Salamanca, Universidad de Salamanca, 1991.

MIGUEL DE UNAMUNO Y «LA CIUDAD-LUMBRE»: AVERSIÓN Y COMPRENSIÓN

Parece acertado señalar que la aversión cobrada por Miguel de Unamuno frente a París es, ante todo, la que le suele inspirar la gran ciudad. Las primeras impresiones madrileñas, las de 1880, se parecen de forma extraña a las experimentadas, durante el destierro en París, por un hombre envejecido. Describe el mismo ambiente desahogado de la urbe que provoca en él un miedo instintivo, una auténtica fobia y la necesidad de huir: al recién venido, sea el joven estudiante o el proscrito, le cuesta trabajo encontrar su verdadero sitio en medio de una sociabilidad madrileña o parisina mal definida⁴. Antes del destierro, en sus ensayos, el intelectual salmantino suele mofarse de *la joie de vivre* a lo francés, de una literatura alegre, frívola y sensual que le entristece mucho (O.C.E., III, pp. 929-934). Denuncia las influencias ejercidas, en el siglo pasado, por la literatura francesa sobre la de las jóvenes repúblicas americanas. Condena con fuerza la promiscuidad y el erotismo que reinan, tan característicos de la capital francesa, y que provocan en él asco y repulsión:

Y no hay otra cosa que me repugna en ese aglomerado de hombres, en ese avispero, y es el vaho de afroditismo que exhala, aunque no tan marcado y fuerte como el de París. Nada me es más repulsivo que el afroditismo de las grandes ciudades. (...) En la ciudad es donde tienen su asiento la voluptuosidad cerebral y el erotismo morboso que se reflejan en buena parte de esa insoportable literatura parisiense⁵.

Al habitante de París le suele reprochar la falta de curiosidad intelectual frente a los acontecimientos que ocurren más allá del hexágono, o más sencillamente, más allá de su distrito o de su barrio:

La insapiencia del parisiense de buena cepa respecto a lo que pasa más allá de Batignolles, es proverbial. Lo reconocen ellos mismos y hasta se jactan de semejante cosa⁶.

Los recuerdos de una primera estancia muy breve en París corroboran estos juicios de juventud. Cuando regresa de Italia, en 1889, a la edad de 25 años, presencia el centenario de la revolución y la inauguración de la Torre Eiffel. Pero, ¿perdura durante el destierro este sentimiento, llamado «galofobia»?

Pueden dejarlo suponer las primeras impresiones con la lectura de las repetidas críticas de la gran ciudad ruidosa, artificial, frívola, de la capital francesa convertida en cita de la juventud melencólica, de la bohemia internacional de las artes y de las letras en busca de la mujer cosmopolita (O.C.E., VIII, pp. 605-606). Su aversión por el metro es innegable, detesta la atmósfera de las estaciones, las lu-

⁴ Para entender mejor la filosofía anti-urbana en la vida y en la obra de Miguel de Unamuno, véase el artículo «Ciudad y campo», *Obras Completas*, Editorial Escelicer, 1966, I, pp. 1031-1043, desde ahora en adelante O.C.E.

⁵ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. I, p. 1037.

⁶ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. III, p. 1178.

ces macilentas con anuncios publicitarios, siempre los mismos, que le marean, por no hablar de los olores. Allí, en los pasillos subterráneos, toma verdaderamente conciencia de su condición de desarraigado:

Y en todas las estaciones, los mismos anuncios... Y ese olor característico del Metro, (...) ese olor a tedio de la civilización, ese olor a progreso urbano, ¿no provendrá de los anuncios? (...) Allí, abajo, en esos sumideros, me siento desterrado de toda vida libre⁷.

Desde siempre, la ciudad, y además París, es el lugar de lo efímero, de los «sucesos», de la espuma del pasado y de las olas de la historia, de la actualidad que pregonan las gacetas (O.C.E., *De Fuerteventura a París*, VIII, pp. 603-604). Estigmatiza una prensa parisina siempre dispuesta a desarrollar los tópicos, los lugares comunes de la historia superficial; condena a los porteros, el clima mediocre y ramplón de la vida cultural de París que provoca en él el mismo rechazo espiritual que frente a «la charca» madrileña de finales de siglo:

En estas grandes ciudades, en estas ciudades millonarias —de millones de habitantes—, es donde más florece el lugar común. (...) Y la prensa suele ser el criadero de esos lugares comunes.

¿Se habrá visto nada más banal, nada de más lugar común y más frase hecha que la prensa parisense? Es una terrible cocina. Los platos que se sirve, los *faits divers*, las gacetillas, son cosa para reducir a todo el mundo a la mentalidad de los porteros. Y los porteros son una institución⁸.

Para completar la evocación negativa de la capital, el escritor nostálgico critica algunos lugares geográficos de París tan alejados de «las montañas», del «mar» y del «desierto»⁹: compara el cementerio del *Père Lachaise* con el *Bois de Boulogne* con sus arbustos raquíticos parecidos a humildes mausoleos, los museos se convierten en cementerios del arte, las riberas del Sena rezuman el aburrimiento, el mismo Sena queda prisionero de sus riberas y se parece más a un canal que a un río como el Nervión. Como los árboles plantados a lo largo de los bulevares, París es una ciudad prisionera de su Historia, una Historia petrificada que ahoga al individuo:

¡Por todas partes historia, historia, historia! ¡Y luego almacenada en museos, arqueología!¹⁰.

Los paisajes de París, las visitas de los museos nutren un asco en el escritor casi mareado, quien exclama:

Se nos está indigestando en gran parte la civilización¹¹.

⁷ Miguel de Unamuno, «El metro», O.C.E., Vol. VIII, p. 636.

⁸ Miguel de Unamuno, « Leyendo a Keyserling », O.C.E., Vol. VIII, pp. 630-631.

⁹ Miguel de Unamuno, « Montaña, desierto, mar », O.C.E., Vol. I, pp. 570-572.

¹⁰ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. I, p. 517, leer también el artículo titulado «El Père Lachaise», O.C.E., Vol. VIII, pp. 622-625.

¹¹ Miguel de Unamuno, O.C.E., p. 1035. Véase también el artículo «Visitas de museos», O.C.E., Vol. VIII, pp. 632-634.

A pesar de esta actitud crítica, Miguel de Unamuno no tarda en darse cuenta de la existencia de otro París lleno de vida, menos artificial, menos cosmopolita, el «París de los parisenses y no de los *pariseros*» (O.C.E., Vol. VIII, p. 606), sus sentimientos van evolucionando hacia una actitud más comprensiva frente a la cultura francesa, y se acuerda de todo lo que le debe a la literatura gala:

Yo sé que dirán algunos que, a fuer de buen español, saco la oreja del miso-galismo o francofobia; pero esto no es verdad. Pocos deberán más que yo a esa literatura francesa, verdaderamente educadora, y confieso que en ella he aprendido mucho...¹².

En aquel París de los años veinte, descubre rincones apacibles, empieza a apreciar «el suave tumulto» de la urbe (O.C.E., Vol. VIII, p. 599), donde «amasa» una melancolía serena. Gracias al ambiente de famosos lugares a los que acude como el «jardin du Luxembourg», «la Place des Vosges» o la plazoleta de los Estados Unidos, el escritor desterrado recrea mediante las palabras, en un acto catártico y tal vez mágico, los paisajes perdidos y queridos de su Salamanca:

A la plaza de los Estados Unidos, a este parquecito, junto a esta jaula de pensión parisense, suelo bajar (...) cuando quiero arar y binar mi soledad parisense, cuando quiero heñir mi morriña, o amasar mi nostalgia (...) sin tener que cerrar los ojos, sueño y revivo aquel Campo de San Francisco de mi Salamanca¹³.

El lugar de París que más atrae a Miguel de Unamuno, es, sin lugar a dudas, la «Place des Vosges». En el seno de la capital agitada, halla un remanso de paz donde vuelve a descubrir con emoción no solamente la Plaza Mayor de la ciudad de donde ha sido desterrado, sino también la Plaza nueva de la ciudad de su niñez. De ahí nace la serenidad del escritor, que vuelve a tejer la trama de una vida profunda, intrahistórica, para hundirse en los tiempos remotos de la niñez:

También aquí, en París, hilo lino de ensueños. Aquí rumio mis recuerdos, aquí vuelvo a vivir mi vida, aquí busco la vida que se me fue. Esta ciudad Lumbre -*Ville lumière*- me alumbró mi pasado¹⁴.

No aparece como el intelectual prostrado, inadaptado a la gran urbe y obsesionado por la muerte, retratado por sus biógrafos, sino como un hombre que recupera las ganas de vivir; en un artículo escrito durante el invierno 1924-1925, rinde homenaje a París, la ciudad de su exilio; merced a ella, se hunde de nuevo en el mundo de su niñez y en los paisajes de la intrahistoria salmantina o vasca, temas de numerosos ensayos pero también de sonetos, los *Sonetos de París*¹⁵:

Hay pobres chicos que llegan acá, a sus veinticinco años, a este París por donde a esa misma edad pasé yo durante quince días, y creen venir a gozar, a go-

¹² Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. III, p. 628.

¹³ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. III, p. 628.

¹⁴ Miguel de Unamuno, «La Plaza de los Vosgos», O.C.E., Vol. I, p. 627. Añade, al final del artículo: «La plaza de los Vosgos tiene abolengo. (...) Es un claustro de memorias. La plaza de los Vosgos nos recuerda la época en que la ciudad era una casa, una sola casa, una familia», (p. 628).

¹⁵ Miguel de Unamuno, «Sonetos de París», O.C.E., Vol. VI, pp. 713-737.

zar de París. Yo, entonces, hace treinta y cinco años, no gocé de ese su París, pero gocé aquí intensamente con los recuerdos de mi rincón natal y con el ensueño del hogar que me preparaba a crear. París me iluminaba aquellos recuerdos, me encendía aquel ensueño. París me ayudó a realizar mi obra, a vivir mi obra, a vivir mi vida, no la vida de París. Y ahora, cuando he entrado en los sesenta, París vuelve a iluminarme recuerdos, vuelve a encenderme ensueños. Y me ayudaba ¡bendito sea París por ello!- a gozarme en mi obra, en la obra de mi vida¹⁶.

Aquella «Plaza de los Vosgos» queda íntimamente relacionada con el recuerdo de otro famoso escritor proscrito, Victor Hugo. La literatura francesa, a menudo calificada de «suave» y «sensual» por Miguel de Unamuno, se hace áspera y dura cuando traduce la indignación y la reprobación del autor de los *Châtiments* frente a las violencias políticas. De la misma manera que el poeta francés pretendía ser el «próspero de Louis Bonaparte», Miguel de Unamuno quiere pasar por el «proscrito de Alfonso XIII»¹⁷. Ha elegido la ciudad de París para proseguir su combate político, continuar su acción contra la Dictadura, es decir, hablar y escribir.

MIGUEL DE UNAMUNO Y EL «COMITÉ REVOLUCIONARIO DE PARÍS»

Esta calificación solemne, atribuida por el propio Primo de Rivera, afecta a los cuatro miembros del «Comité», o sea: Eduardo Ortega y Gasset, Carlos Esplá, Blasco Ibáñez y Miguel de Unamuno.

Verdad es que, desde siempre, París ha sido para los escritores de lengua española la ciudad privilegiada del destierro, voluntario o no. Desde París, han seguido escribiendo, creando mientras que el principal castigo del exilio es convertir, por la censura, a su víctima en un ser silencioso, en un «muerto civil»¹⁸. Desde París, Miguel de Unamuno proclama el rechazo de la censura:

En España no quería, ni quiero escribir en periódico alguno ni en revista; me rehúso a la humillación de la censura militar. No puedo sufrir que mis escritos sean censurados por soldadotes analfabetos a los que degrada y envilece la disciplina castrense y que nada odian más que la inteligencia¹⁹.

Nada más llegar a la capital, el ex Rector de la Universidad de Salamanca afirma su ambicioso proyecto político:

¹⁶ Miguel de Unamuno, «Recuerdos y ensueños», O.C.E., Vol. VIII, p. 617.

¹⁷ Victor Hugo sólo volvió a Francia cuando la caída del segundo Imperio después de haber sido amnistiado en 1859. En cuanto a Miguel de Unamuno, sólo regresó a España en febrero de 1930, después de la caída de la Dictadura y la salida de Primo de Rivera para París.

¹⁸ «El objetivo de la atroz condena era —y sigue siendo hoy— el de borrar la presencia, el nombre, el recuerdo de un hombre, el que no doblega la cerviz de su pensamiento o de su voz, el réprobo de la comunidad. El castigo del exilio tiende a convertir a la víctima en un muerto civil, a borrarlo, en suma, de la faz de su propia sociedad». *América, Cahiers du CRICCAL*, N° 7, «L'exil et le roman hispano-américain actuel», Université de la Sorbonne-Nouvelle-Paris III, 1990, p. 9.

¹⁹ Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, Madrid, Alianza Editorial, 1996, p. 139.

Hoy... hoy he venido —me han traído, mejor— de la isla de Fuerteventura, cuando todo mi anhelo se cifra en refundar una patria, en asentar en España una sociedad civil libre²⁰.

Afirma en cada momento que este combate político es su vida, su razón de vivir y de escribir, que no se pueden separar política y poesía:

Y allá, en mi España, mis amigos y mis enemigos decían que soy un político, que no tengo temperamento de tal, y menos todavía de revolucionario, que debería consagrarme a escribir poemas y novelas y dejarme de políticas. Como si hacer política fuese otra cosa que escribir poemas, y como si escribir poemas no fuese otra manera de hacer política²¹.

Miguel de Unamuno entabla este combate político en la prensa de París —en *Le Quotidien* durante el mes de julio de 1924²²— y lo prolonga con la colaboración asidua desde el 20 de diciembre de 1924 hasta el 10 de noviembre de 1925 en el semanario español republicano *España con honra*, impreso en el número 54 de la Avenida del Maine, donde se encuentran los talleres del valenciano Juan Durá²³. El escritor proscrito estigmatiza con violencia el régimen en una sección titulada: *El Directorio contra España. La organización del robo desde el Poder*, dedicada fundamentalmente a los aspectos económicos, a los negocios sucios, a los nombramientos interesados en las empresas del Estado. Los artículos políticos salen al lado de algunos *Sonetos de París*.

El sitio emblemático de resistencia a la Dictadura, donde se reúnen los españoles desterrados —la mayor parte de ellos son republicanos que pertenecen a la Liga de Derechos del Hombre y del Ciudadano— es el café de la Rotonde, entre los dos bulevares, Raspail y Montparnasse, aquel mismo café concurrido por otro famoso proscrito: León Trostky²⁴. En un lugar del local, algunos republicanos españoles conspiran contra la Dictadura y, por primera vez acaso, Miguel de Unamuno forma parte de un grupo, de una especie de partido político, cosa que aborrecía. Se junta a este grupo Blasco Ibáñez que gasta muchísimo dinero para difundir, por todos los medios, el semanario *España con honra*, por su país²⁵.

Al lado de unos artículos de prensa sumamente violentos que desprestigian totalmente a las más selectas esferas militares, Unamuno se vale de los *Sonetos de*

²⁰ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VIII, p. 599.

²¹ Miguel de Unamuno, *Cómo se hace una novela*, op. cit., p. 138. Hacia el final del relato, repite la misma idea y puntualiza: «Existen desdichados que me aconsejan dejar la política. Lo que ellos con un gesto de fingido desdén, que no es más que miedo, miedo de eunucos o de impotentes o de muertos, llaman política y me aseguran que debería consagrarme a mis cátedras, a mis estudios, a mis novelas, a mis poemas, a mi vida. No quieren saber que mis cátedras, mis estudios, mis novelas, mis poemas son política. (...) Y la mejor de la poesía de Lamartine, de Hugo vino de que eran tan poetas como políticos», pp. 170-171.

²² Véase el artículo de David Roberston, «Una guerra de palabras. Primo de Rivera y Unamuno en *Le Quotidien*», *Cahiers du C.R.I.A.R.*, Publications de l'Université de Rouen, N° 107, 1985, pp. 107-121.

²³ Para la lectura de la ficha bibliográfica del semanario, véase el artículo de Valentín del Arco López, «La prensa como fuente: *España con honra*, un semanario contra la Dictadura de Primo de Rivera», art. cit., pp. 126-142.

²⁴ Se puede leer el artículo muy anecdótico de Carlos Esplá, «Vida y nostalgia de Unamuno en el desierto», *La Torre*, art. cit., pp. 117-146.

²⁵ Según Valentín del Arco López, París se convierte en «el mito, el refugio hacia el que muchos españoles miran con la esperanza de un golpe de fuerza que les permita recobrar la libertad», «La prensa como fuente...», art. cit., p. 119.

París como si fueran un arma y, en una dedicatoria a su amigo y traductor Jean Cassou, afirma que «cabe pelear a sonetazos»²⁶.

La estructura del soneto confiere a la voz del poeta una densidad y una energía sin par; los versos escuetos subrayan con más fuerza todavía el peso de la irreductibilidad política y moral, civil o patriótica del que se rebela contra la historia inaceptable de España²⁷. A veces la duda lo atormenta: se hace preguntas sobre la capacidad de su pueblo para vencer la censura y la mentira. No pierde una ocasión de recordar su existencia a los españoles, cuando las circunstancias se lo permiten; así, con motivo del traslado por el régimen de los restos mortales de Ángel Ganivet desde Riga, donde se había suicidado, hasta Granada, su ciudad nativa, se exponen las cenizas del escritor en el anfiteatro de la Universidad de Madrid. Desde París, en aquel mes de marzo de 1925, Miguel de Unamuno manda un breve folleto rojo que los estudiantes se reparten; el texto revela la emoción del desterrado que teme la muerte en tierra ajena, y que se pregunta si la nación española sigue digna de acoger los despojos de su amigo:

Y ahora, cuando tus huesos son recibidos por un pueblo degradado por el vasallaje, yo, tu amigo de la juventud radiante y esperanzosa, te saludo desde mi destierro porque hoy en tu patria, en nuestra patria, Ángel, no puede vivir digno el que no se allane cobarde a silenciar la verdad y a no denunciar la injusticia²⁸.

De hecho, el cansancio, a lo largo de los meses, va invadiendo a Miguel de Unamuno en su destierro parisino, unos instantes de desánimo le hacen dudar cada vez más de su misión, la de denunciar la apatía de un pueblo español moribundo.

PARÍS Y «LA GUERRA CIVIL» DE MIGUEL DE UNAMUNO

Frente a la barbarie de los militares, a su guerra «incivil», Miguel de Unamuno predica «la guerra civil», eso significa el debate público, la guerra de los paisanos por la cultura y la civilización. Si parece exagerado hablar de «crisis parisina», como suelen hacerlo numerosos críticos que se olvidan demasiado rápidamente que Miguel de Unamuno sufrió crisis a lo largo de su vida, es cierto, sin embargo, que París aviva tensiones y antagonismos; unas remotas angustias religiosas vuelven a brotar en medio del combate político, como lo plasma la escritura de *La agonía del cristianismo*, continuación natural de *El sentimiento trágico de la vida*²⁹. París da al luchador político y al poeta una tercera dimensión, la de un profeta. Restablece la

²⁶ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VI, p. 713. Entre los 37 sonetos escritos en París, 12 son «sonetos de combate» o políticos, 13 tratan de los paisajes de España y de su historia, los doce últimos, de París y los sentimientos del desterrado. Ver también la introducción de Manuel García Blanco, O.C.E., Vol. VI, pp. 37-45.

²⁷ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VI, pp. 728-729. Ver la introducción de Roberto Paoli a *Antología poética*, Madrid, Colección Austral, 1992, pp. 35-44.

²⁸ Miguel de Unamuno. «Ángel Ganivet», O.C.E., Vol. VIII, p. 639. Para el contexto político de la época, ver *Historia de España*, dirigida por Manuel Tuñón de Lara, capítulo IX, pp. 80-88, p. 570.

²⁹ Ver, por ejemplo, el libro de Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras de lo trágico (Filosofía y tragedia en Miguel de Unamuno)*, Madrid, Editorial Trotta, 1996, pp. 662-710.

antigua concepción cristiana del hombre desterrado sobre la tierra, quien, expulsado del Paraíso, no acepta la maldición del exilio, se rebela contra el alejamiento impuesto, y acude a la palabra para intentar recobrar los paisajes y el tiempo perdidos, los de la niñez. Por lo tanto, la soledad del desterrado es la del cristiano solo en París, las últimas palabras que cierran *La agonía del cristianismo* son:

¿Cristo nuestro, Cristo nuestro! ¿Por qué nos ha abandonado?³⁰.

Cada mañana, la lectura de algunas páginas del Nuevo Testamento, primero en París, luego en Hendaya, nutre su combate contra la Dictadura. El Evangelio se ha convertido en un aliado de la libertad y justifica la «guerra civil» llevada por Unamuno hecho un nuevo Mesías:

Contra toda esa abominación de desolación, pues me he rebelado con rebeldía de cristiano español, de religioso patriota; me rebelé contra la censura y me puse a proclamar la verdad oportuna inoportuna³¹.

Otra obra gestada en París ilustra perfectamente la fusión del drama íntimo y del drama público: se trata de *Cómo se hace una novela*. La génesis de este relato atormentado de una conciencia queda vinculada con un paisaje de la capital, las riberas del Sena. Allí, entre los libreros de lance, el mismo protagonista del libro, Jugo de la Raza, doble onomástico del autor, encuentra la novela de Honoré de Balzac, *La peau de chagrin*, fuente de inspiración de *Cómo se hace una novela*³². La piel de zapa le sirve a Valentín de talismán, al mismo tiempo mágico y fatídico: satisface sus deseos pero se encoge hasta aniquilarlo. En la obra de Unamuno, es la novela, vida/libro, la que hace las veces de talismán con la aparición de palabras proféticas:

Cuando el lector llegue al final de esta dolorosa historia se morirá conmigo (...). Jugo de la Raza no podía vivir sin el libro, sin aquel libro; su vida, su existencia íntima, en realidad, su verdadera realidad estaba ya definitiva e irrevocablemente unida a la del personaje de la novela. Si continuaba leyéndolo, viviéndolo, corría riesgo de morirse cuando se muriese el personaje novelesco, pero si no lo leía ya, si no vivía ya más libro, ¿viviría?³³.

Este drama angustiado, este dilema es el de Miguel de Unamuno en París, a lo largo del mes de julio de 1925, durante el cual ya no contesta a su familia y ha interrumpido su colaboración con *España con honra*. En el prólogo escrito en Hendaya, evoca las «infernales mañanas de su soledad de París», cuando redacta

³⁰ Poco antes, Miguel de Unamuno escribía: «Junto a la tumba del francés desconocido, que es algo más sagrado que el francés medio, sentí la agonía del cristianismo en Francia» (O.C.E., Vol. VI, p. 361). No olvidemos que el escritor estaba enterado de que la obra iba a ser traducida al francés por Jean Cassou, por lo tanto ha multiplicado las alusiones a la política y a la literatura francesas (O.C.E., Vol. VI, pp. 304-306).

³¹ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VI, p. 937. De forma general, en el prólogo al *Cancionero*, abundan las reminiscencias bíblicas que justifican el combate civil.

³² Queda fuera de nuestro propósito analizar *Cómo se hace una novela*, abundan los estudios, entre los cuales, el de Armando F. Zubizarreta, *Unamuno en su «nivola»*, Madrid, Taurus, 1960, pp. 21-90 y el, reciente, de Pedro Cerezo Galán, *Las máscaras, op. cit.*, pp. 672-710.

³³ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VIII, p. 748.

con febrilidad las hojas de un relato convertido en un callejón sin salida en el que se ha metido el autor-narrador-lector:

O acabar de leer la novela que se había convertido en su vida y morir acabándola, o renunciar a leerla y vivir, vivir, por consiguiente morirse también. Una u otra muerte, en la historia o fuera de la historia³⁴.

El final del relato y los comentarios añadidos entre corchetes por el escritor en Hedayta nos proporcionan la única solución posible a este dilema. Los paisajes de la niñez dan al héroe la eternidad que estaba buscando. Por lo tanto la niñez es la edad paradisiaca en la que el tiempo deja de existir y en que se desvanece la angustia de la muerte:

Mí Jugo se alejaría al cabo del libro. En sus correrías por esos mundos de Dios para escapar a la fatídica lectura, iría a dar a su tierra natal, a la de su niñez, y en ella se encontraría con su niñez eterna, con aquella edad en que aún no sabía leer, en que todavía no era hombre de libro³⁵.

Ya dos años antes, en las aguas del Sena, en este espejo fatídico, Jugo de la Raza, desesperado, no se reconoce, no se fía de sí mismo, de su misión, ni de España:

¿Cómo acabará esta historia? (...) ¿Cómo acabará esta historia del Directorio y cuál será la suerte de la monarquía española?³⁶.

Drama íntimo, político y religioso, el de Unamuno recuerda el de Dante o de Victor Hugo. Como José Mazzini (1805-1872), el famoso poeta proscrito del Risorgimiento cuya correspondencia lee con avidez, a veces siente asco por sus compatriotas. La refundición en Hedayta de *Cómo se hace una novela* sume al lector en una abundancia de experiencias, de recuerdos íntimos, de amargas censuras políticas, de comentarios, de notas de lectura. Impresionan el carácter abierto de esta creación híbrida, la búsqueda de nuevas formas de relato iniciada con *Niebla* en la que, el autor-narrador ya había roto el pacto narrativo interviniendo en el texto del relato para plantear, a tientas, los problemas concretos de la creación novelesca. El destierro en París ha inspirado mucho la redacción angustiada de la última página de una confesión que traduce el problema metafísico u ontológico del hombre frente a Dios. La crisis del sujeto es también crisis de conciencia que puede transferirse —y de forma recíproca— del terreno de la historia y de sus guerras civiles al de la ontología ya que la «metafísica» no es sino el «disfraz a lo divino del drama social»³⁷.

³⁴ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VIII, p. 749.

³⁵ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VIII, p. 758. José Luis Abellán desarrolla esta idea en un artículo, «Historia e intrahistoria en la poesía de Unamuno» en *Mundaiz*, «La poesía de Miguel de Unamuno», edición a cargo de J. A. Ascunze Arrieto, *Cuadernos Universitarios*, N° 3, Universidad de Deusto, 1987, pp. 305-324.

³⁶ Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VIII, p. 735.

³⁷ Carlos Serrano, «*Niebla* de Miguel de Unamuno: mélodrame existentiel, agonie-bouffé et crise de l'histoire», in *Discours et Idéologie*, 1, Séminaire de l'U.E.R. d'Etudes Ibériques, Université de la Sorbonne-Nouvelle, 1981.

CONCLUSIÓN

La imagen dramática de un Miguel de Unamuno solitario y envejecido, angustiado por la muerte, hostil a la cultura francesa, de un escritor que desprecia con soberbia la vida parisina y los paisajes de la capital, víctima de una crisis estéril y que redacta a duras penas algunos folletos, ha sido alimentada por crónicas y artículos en los que la anécdota poco significativa se mezcla con lo sensacional. Así Emilio Salcedo titula un capítulo de su obra: «El llanto de don Miguel en París», mientras que César González Ruano afirma que la capital francesa «ha resbalado por el alma de don Miguel como la lluvia por el bronce de la estatua de Washington que él veía desde su ventana»³⁸. Pero dichos estudios impresionistas e intimistas no resisten a la obra del escritor autoexiliado por motivos que aún no han sido aclarados del todo³⁹. Además, el individualismo furioso del desterrado, su «egolatría» no empiezan con su destierro parisiense, de la misma manera que no es reciente la inclinación a «ensimismarse», a cultivar su soledad. Y la «crisis parisina», si existe de veras en un hombre que sufrió crisis durante toda su vida, resulta particularmente fecunda: don Miguel ahonda su cultura francesa con las lecturas de Gustave Flaubert, de Victor Hugo, de Marcel Proust⁴⁰, traba amistades indefectibles con Georges Duhamel y Jean Cassou, su traductor habitual, como lo atestigua la abundante correspondencia de los años del exilio⁴¹, se granjea una reputación internacional, participa, como invitado de honor, en el Tercer Congreso Internacional del Pen Club, en París, en mayo de 1925. Además, la abundante producción parisina desmiente fácilmente una pretendida imposibilidad o dificultad de redactar lejos de su querida Salamanca⁴².

Poco tiempo después de su regreso triunfal a España, en febrero de 1930, Unamuno escribe precisamente a Jean Cassou y le promete, al final de su carta, volver a París⁴³. Cumple con su palabra, un año antes de morir, en abril de 1935, regresa a París, con motivo de la inauguración del «Colegio de España» de la Ciudad Universitaria⁴⁴: vuelven a brotar los recuerdos de la place des Vosges, de

³⁸ César González Ruano, *Vida, pensamiento y aventura de Miguel de Unamuno*, op. cit., p. 125.

³⁹ En el artículo «Hombres de Francia francesa», Miguel de Unamuno recuerda «su destierro voluntario durante la Dictadura primo-riverana, a la que perseguí mucho más y más sañudamente que ella a mí, que, en rigor, no me persiguió», O.C.E., Vol. IX, p. 1230.

⁴⁰ A propósito de Miguel de Unamuno y de la cultura francesa, se puede consultar la serie de artículos de J. Chicharro de León, en *Solidaridad obrera*, N° 528-17, 536-19, 540-20, 545-21, 558-24, del año 1955.

⁴¹ Laureano Robles, *Epistolario Inédito, II, (1915-1936)*, Madrid, Colección Austral, pp. 146-172. Leer también el artículo de Manuel García Blanco, «Escritores franceses amigos de Unamuno», *Bulletin Hispanique*, Burdeos, LXI, Enero-Marzo, 1959, pp. 82-103.

⁴² Durante los trece meses de destierro parisiense, Miguel de Unamuno escribe *La agonía del cristianismo* y *Cómo se hace una novela*, colabora en *Le Quotidien*, *Les Nouvelles Littéraires*, luego en el semanario *España con honra*, compone los 35 *sonetos de París* y algunos poemas del *Romancero del destierro*, publica 10 ensayos en la prensa de Buenos-Aires (Caras y caretas) y ocho en la prensa de Madrid (*Nuevo mundo*).

⁴³ «Volveré a París, pero no ya como desterrado, volveré a París, donde tantos recuerdos y varios aspectos he dejado, volveré a París de Francia». «Don Miguel viviente» por Jean Cassou, *Homenaje a Miguel de Unamuno*, Revista general de la Universidad de Puerto Rico, Año IX, Núms. 35-36, julio-diciembre 1961, p. 87. La carta de Miguel de Unamuno a Jean Cassou (29-II-1930) ha sido traducida y publicada por éste en *Cahiers du Sud*, N° 325, Julio 1954.

⁴⁴ Sin analizarlo, Laureano Robles nos proporciona el texto del discurso pronunciado aquel día por Miguel de Unamuno; Laureano Robles, «Miguel de Unamuno. *El destino de España y la universalidad de su habla*. Historia de un texto», *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*, N° XXX, Ediciones Universidad de Salamanca, 1995, pp. 191-200.

Victor Hugo pero también del café de Chartres, al lado del Palais Royal, que le recuerda el antiguo café Suizo de su Bilbao nativo. En pleno París, más allá de las modas y de lo efímero, descubre los rasgos de una Francia inmutable y profunda⁴⁵.

Al fin y al cabo, París ha animado al escritor, fascinado cada vez más por la ocasión de crear, a hacerse demiurgo, como lo plasman las páginas del atormentado relato de *Cómo se hace una novela*, en el que se funden la política, la poesía, «la guerra civil» de Miguel de Unamuno y su búsqueda angustiada de la niñez. El acto de escribir encierra el intento de entrar en la eternidad, reuniendo las dos dimensiones del «des-tierra» y del «des-cielo»; escribir viene a ser la posibilidad de consolarse, de crearse, de grabarse en la historia, de construir su propia leyenda⁴⁶. En estas «confesiones» muy particulares, se mezclan íntimamente historia e intrahistoria, drama individual y drama colectivo, lo histórico y lo ontológico⁴⁷.

Encerrado en los dilemas de la existencia y los lazos de la meditación, Miguel de Unamuno vuelve a descubrir los paisajes de la niñez gracias a la «Ciudad-Lumbre» que los alumbraba. Luego, en Hendaya, los vive otra vez y, en el País Vasco, las nieblas de la conciencia atormentada del desterrado se desvanecen y se convierten en las brumas serenas de los paisajes de Vizcaya contemplados ayer por el joven Pachico Zabaldide, trasunto literario de don Miguel, en su primera novela, *Paz en la guerra*. París representa una etapa decisiva en el viaje de vuelta hacia la niñez eterna, en la búsqueda del tiempo perdido: Miguel de Unamuno cobra nuevo vigor sumiéndose en los recuerdos de la niñez; la «guerra civil» llevada desde París le recuerda otra «guerra civil», la de Bilbao contra los carlistas, la «guerra civil» que, en lo sucesivo, va a obsesionar los últimos años, las últimas horas y los últimos escritos del viejo catedrático de Salamanca⁴⁸.

⁴⁵ Al ver a los tranquilos parroquianos del café de Chartres, Miguel de Unamuno se confía a sí mismo: «Estos son lo secular, lo inmovible de Francia, de la Francia francesa, provinciana, aldeana, terruñera; éstos, los arraigados, los árboles del bosque humano que fue druídico». Mas luego, al cruzar, de vuelta a España, la tierra, mollar y verde llamada de la «dulce» Francia y contemplar sus arboledas, las vi empenachadas de muérdago, del *gui* druídico. Y me dije que aquellos hombres de Francia francesa, los del café de Chartres, de París, eran el muérdago, verde y recio, prendido a los árboles arraigados en el patrio suelo secular». «Hombres de Francia francesa», O.C.E., Vol. VIII, pp. 1231-1232.

⁴⁶ «Vivir en la historia y vivir la historia, hacerme en la historia, en mi España, y hacer mi historia, mi España, y con ella mi universo y mi eternidad, tal ha sido y sigue siempre la trágica cuita de mi destierro», Miguel de Unamuno, *op. cit.*, p. 132.

⁴⁷ Leer el artículo de J. Marichal, «La originalidad de Unamuno en la literatura de confesión», *La Torre*, n.º 8, oct.-dic., 1954, Universidad de Puerto Rico, pp. 25-43.

⁴⁸ El doble tema de «los recuerdos de niñez y de mocedad» y de «la guerra civil» viene repetido a saciedad en los discursos y los escritos de Miguel de Unamuno, desde febrero de 1930 hasta su muerte. «Esta 'guerra civil' es la guerra entre Caín y Abel, entre Esaú y Jacob, entre Rómulo y Remo. Es la guerra que han hecho los rebeldes desde el amanecer de la historia», O.C.E., Vol. VI, p. 933. Ver el último volumen de las O.C.E. que ofrece los textos recogidos y reunidos por Rafael Pérez de la Dehesa y Louis Urrutia. (Vol. IX, p. 396, pp. 405-406, pp. 418-419, p. 425, p. 450, p. 459, p. 892, p. 941, p. 1163, p. 1195). Véase también el tomo VIII, «Últimos escritos», pp. 1153-1256. Francia y la cultura francesa están presentes en las últimas poesías de Miguel de Unamuno, O.C.E., Vol. VI, p. 1423. Cabe señalar el libro, con un título muy significativo, de José Miguel de Azaola, *Unamuno y sus guerras civiles*, Bilbao, Ediciones Laga, 1996.